

La senda de las nubes

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *La voie des nuages*  
En cubierta: *Scholar looking at a waterfall*,  
de Zhong Li (Dinastía Ming)  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Catherine François, 2021  
c/o Indent Literary Agency [www.indentagency.com](http://www.indentagency.com)  
© De la traducción, Santiago Auserón y Jenaro Talens  
© Ediciones Siruela, S. A., 2021  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
Fax: + 34 91 355 22 01  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-18436-62-8  
Depósito legal: M-2.442-2021  
Impreso en Cofás  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

*Catherine François*

**LA SENDA DE LAS NUBES**  
Historias de la antigua sabiduría china

Traducción del francés de  
Santiago Auserón y Jenaro Talens

 Siruela

El Ojo del Tiempo

# Índice

<b>VIDA DE CONFUCIO</b>	11
I	13
II	18
III	35
IV	46
V	56
<b>HISTORIA DEL GRAN SECRETARIO SIMA QIAN</b>	69
I	71
II	77
III	83
IV	89
V	95
VI	107
VII	113
VIII	122
IX	127
X	132
<b>LOS SIETE SABIOS DEL BOSQUE DE BAMBÚ</b>	135
I. SHAN TAO ENCUENTRA A SUS COMPAÑEROS	137
II. XIANG XIU VISITA A XI KANG	147
III. RUAN JI Y LOS LAZOS DE LA AMISTAD	158
IV. EL BOSQUE DE BAMBÚ	170
V. LA MÚSICA DEL TAO	184

VI. EL DÍA DE LOS ESPÍRITUS	196
VII. LA AMENAZA	210
VIII. SHAN TAO RELATA EL PROCESO	218
IX. XIANG XIU VISITA LA PRISIÓN	222
X. RUAN JI LLORA LA MUERTE DE SU AMIGO	228
<b>HAN SHAN, LA MONTAÑA FRÍA</b>	237
I	239
II	243
III	246
IV	257
V	265
<b>Índice de personajes</b>	269

*Para Santiago Auserón*

## **VIDA DE CONFUCIO**

# I

Taishan, el Monte Soberano, el que se ve desde lejos, se eleva hacia el cielo por encima de los hombres, imponente, silencioso, todopoderoso. Desde que el Cielo y la Tierra se separaron, domina las cumbres que se extienden hasta el mar y el tiempo no tiene poder sobre él.

Del Este nació la vida con los seres tumultuosos, discordantes, que deben su luz y sus formas al Taishan, el Gran Antepasado que siempre ha gobernado sobre el Oriente. Todas las miradas se vuelven a su alta cima y él, como benefactor, transmite a la multitud de los hombres la influencia del Cielo, su fuerza generadora y su voluntad; allá abajo, les asegura el orden y la paz a través de la alternancia de los ciclos y la estabilidad de la Tierra.

Después de dar a luz a los hombres es preciso alimentarlos y una vez reunidos es forzoso guiarlos, pues solo entonces serán dichosos y conocerán la paz. En la ladera de la montaña, la cueva de las Nubes Blancas exhala vapores que van a dar contra la roca, se juntan en menos tiempo del que se necesita para girar la mano y en dos días esparcen su lluvia por todo el reino.

Cuando el soberano derrama su benévola virtud sobre su pueblo, es útil a los hombres y obedece al Cielo; al proveer a sus necesidades a través de la distribución de bienes, sirve a los hombres y obedece a la Tierra. En la cima del Taishan, el humo de los sacri-



cometido ningún exceso. La noche aún no había caído, la ceremonia tocaba a su fin, los rituales habían sido respetados, la paz en Lu reinaría durante mucho tiempo.

Estos eran los rituales y cantos de los Antiguos transmitidos en el *Libro de las Odas*.

Zhou Gong, hermano del primer rey de la dinastía Zhou, había recibido el principado de Lu como feudo hacía casi quinientos años. El príncipe Xi era su descendiente y cada otoño, rodeado de sus ministros, le ofrecía un solemne sacrificio en el templo de los Antepasados. Un buey blanco que nunca había conocido el yugo era inmolado. La carne del animal, el cerdo picado y las salsas aromatizadas se servían en vasijas redondas o cuadradas, los licores llenaban las copas adornadas con relieves que parecían ojos dorados. En el vasto recinto resonaban los tambores, las flautas y las cítaras durante las danzas rituales. A lo largo de la ceremonia cada cual hacía lo que es debido con cuidado y respeto. El príncipe honraba las cualidades de su antepasado y compartía su prestigio. Los rituales y la música que le habían sido transmitidos por sus padres nunca fueron alterados, el principado de Lu era considerado por todos los demás como un estado bien ordenado y servía de ejemplo a todo el imperio.

«El Taishan toca el cielo, el principado de Lu lo contempla», decía el *Libro de las Odas*.

El príncipe Xi tenía como consejero a su tío Ji You, que le ayudaba en los asuntos de gobierno. Antes de que este naciera, su padre consultó las estrellas para conocer el futuro del niño. El astrólogo declaró: «Vuestro hijo tomará el nombre de You y será el sostén del principado. Su muerte se llevará con ella la prosperidad de Lu».

Desde hacía mucho tiempo el antiguo prestigio de la dinastía Zhou se había debilitado y el emperador, que reinaba en Luoyang

sobre el País del Centro, no podía competir con la fuerza de sus vasallos. En aquellos días, al norte de Lu, el temible príncipe de Qi imponía su voluntad a los demás. Al oeste, el todopoderoso estado de Jin, más allá del cual se hallaba el territorio de los bárbaros, amenazaba ya con reemplazarlo a la cabeza de la confederación. Al sur, el territorio de Chu tenía la fuerza de un joven dragón que extendía sus anillos más allá del río Yangzi.

Según la costumbre heredada de las dinastías del pasado, un pequeño principado se ponía al servicio de otro mayor y recibía protección a cambio de fidelidad. La alianza, sellada por un juramento y consagrada por los rituales, garantizaba la bondad de los poderosos y la lealtad de los más débiles. El pequeño principado de Lu trataba de no ofender a los estados vecinos, sosteniendo al mismo tiempo su prestigio. El príncipe Xi tenía la esperanza de recuperar algún día el territorio que había poseído su ascendiente el príncipe Zhou Gong. Después de cada victoria, celebraba su triunfo en el templo de los Antepasados. La gloria que había adquirido, como una luz que ilumina todo a su alrededor, se proyectaba sobre el antepasado Zhou Gong y había de beneficiar a los descendientes del príncipe Xi.

Cuando el consejero Ji You murió, su hijo Ji Wenzi asistió con lealtad al príncipe Xi, a su sucesor el príncipe Wen y luego al príncipe Xuan, que accedió al poder tras haber consentido el asesinato de sus hermanastros, los herederos legítimos. Después de este crimen, el prestigio de los príncipes de Lu declinó en beneficio de la familia Ji y nunca más recobró su antiguo esplendor. Ji Wenzi, por su parte, había servido a tres príncipes y no había acumulado riquezas. Cuando murió, sus mujeres no vestían ropa de seda y no había oro ni jade en su morada. La gente de Lu decía: «Ji Wenzi era un consejero desinteresado y fiel».

Tales eran los rituales y hechos transmitidos por los autores de los anales de Lu en las crónicas llamadas *Primaveras* y *Otoños*. El tiempo podía transcurrir, el pasado no sería olvidado.

El viento más potente, cuando llega al límite de sus fuerzas, no puede levantar una pluma de ganso. Los ritos eran para los Antiguos la expresión de lo justo y lo natural, pero cuando su poder dejó de ser comprendido, el prestigio de los soberanos se desvaneció con ellos, la virtud dejó de ser eficiente y ya no pudo sostener su autoridad. Para gobernar, el poder tuvo que desplegar su fuerza y el valor hacer ostentación de sus armas. Hacía tiempo que los reyes de la dinastía Zhou, rodeados de ambiciosos y poderosos vasallos, solo gobernaban el templo de sus Antepasados. Los príncipes continuaban rindiéndoles pleitesía, pero los más poderosos aseguraban su protección en lugar de obedecerlos.

En el país de Lu, setenta y cinco años después de la muerte del príncipe Xi, la familia Ji, en otro tiempo devota y leal, se había vuelto influyente y mantenía al nuevo príncipe bajo tutela. El prestigio de sus primeros gobernantes ya no aseguraba la protección del pequeño principado, que seguía amenazado por estados más poderosos. Si no era respetuoso con el estado de Qi, Qi se mostraba amenazante. Si se acercaba a Chu, Jin mostraba su descontento y si se aliaba con Jin, Chu se irritaba. Para sellar el tratado de paz, se sacrificaba un buey como antaño y con su sangre los aliados se mojaban los labios al prestar juramento, pero las palabras y la sangre habían perdido su valor hacía mucho tiempo. Los rituales y las buenas maneras habían garantizado la paz durante siglos, pero cuando las tradiciones no se preservan falta el respeto, los gestos ya no son eficaces y ya no tienen al Cielo de su parte. Un príncipe podía engañar a otro, pero ¿podría engañar al Cielo?

En aquella época de turbulencias y tensiones, en Qufu, la capital de Lu, nació Confucio.